

## **AQUEL VERANO SIN COCHE**

—Y lo demás, marear la perdiz.

Era quizá la cuarta o quinta vez que lo repetía, y esa expresión, en su boca, me parecía cada vez más aborrecible. Al decirlo, cabeceaba rápidamente con gesto de contrariedad, haciéndose portavoz de un presunto gusto mío por la simplicidad. Tan seguro de su acierto que mi opinión era del todo irrelevante: estaba en buenas manos.

Era la primera vez que yo compraba un coche. Después del retraso en la entrega del permiso, debía actuar con rapidez si quería disponer de él para las vacaciones de verano. Quería información. Y aquel individuo, en cambio, interpretaba para mí su limitado catálogo de rutinas de venta. Por alguna razón, el aire acondicionado no funcionaba, y lo recuerdo sudando en abundancia, componiendo una imagen de esfuerzo inaudito. Vestía un traje verde lija de hechuras demasiado amplias, camisa amarillo pálido y corbata muy abultada. Calculé que tendría aproximadamente mi edad, pero la barba, abundante y rizada, le confería un aire de respetabilidad de la que mi aspecto carecía. Tomó el mando desde el momento que lo abordé, supuestamente profesional, supuestamente supercompetente. Le decían Lolo, apelativo que circulaba con naturalidad entre sus compañeros y clientes.

Cuando me decidí por aquel modelo, sentí que la operación encerraba un incómodo malentendido. De acuerdo, compraba ese coche, pero no por las razones que podrían suponerseme. Lo compraba desde luego a pesar de las maneras del vendedor. Afortunadamente, no tendría por qué tratar con él en lo sucesivo. Sobrellevaría el capítulo como mi pequeño y en absoluto trágico secreto.

—¿Color? —me interrogó Lolo.

—Azul metalizado —respondí sin dudarlo.

—¡Huummm! —se lamentó, como si yo no hubiera acertado por muy poco—. Si te viniera bien blanco estaba mañana mismo. Bueno, yo te lo pongo aquí antes de fin de mes.

—Así lo espero —dije, tratando de resultar conminatorio.

Aquella noche, soñé que conducía mi coche azul metalizado por una carretera secundaria sinuosa y poco transitada. Cada cierto tiempo, adelantaba a otro automóvil de igual marca y modelo pero color blanco, que invariablemente volvía a encontrar más adelante, a la siguiente revuelta, el puesto del conductor envuelto en una extraña tiniebla. Por fin, en un tramo de fuerte pendiente, apareció de nuevo, esta vez por detrás, circulando a velocidad inverosímil. Me rebasó en décimas de segundo, pero, por un instante, desde mi retrovisor, asomó nítidamente al volante la barbada sonrisa de Lolo.

El coche no llegó en el plazo convenido. Claro que podía regresar desde mi lugar de veraneo cuando se recibiese y arreglarlo todo, pero esos papeleos son la clase de cosas que uno desea olvidar en vacaciones. Además, necesitaría práctica, lo que me llevaría otros cuantos días. Conforme lo pensaba, mi enfado iba en aumento. Nada de aquello debería estar ocurriendo, el coche tendría que haber estado a tiempo. Sé que al admitirlo ahora suena absurdo, porque fue al fin por revancha por lo que aplacé la recogida hasta el término de mis vacaciones. Arreglaos sin mí. Aquel verano sin coche.

\*\*\*\*\*

Convertido ya en conductor habitual, recibí de la firma de automóviles un abultado sobre que el cartero había encajado en mi buzón a duras penas. Contenía un grueso tomo actualizado de la red de talleres oficiales, una de esas ficticias cartas personales y un prolijo cuestionario que alguien (tal vez el director comercial, la maraña empresarial es para mí terreno ignoto) me tentaba a rellenar. Inevitablemente, el impreso fue a parar al rincón de mi mesa reservado a los asuntos que será mejor dejar para mañana.

Habrían transcurrido una o dos semanas cuando una tarde, solo en casa redactando unas notas, sonó el teléfono. Fui al salón con desgana, la atención aferrada aún a los papeles. Era una tarde otoñal, gris, ventosa. En el momento de descolgar, las primeras gotas se estrellaban contra los cristales. *“Nadie, ni siquiera la lluvia, tiene los dedos tan finos”*, recordé.

—El camino de la sensatez, ¿te acuerdas? —susurró el aparato.

El contraste con la concentración que me dominaba fue tan brusco que tardé en reconocer al dueño de aquella voz, hasta que entendí:

—¿Eres Aguilar...?

Un formidable trueno seco siguió al relámpago. Y con la misma instantaneidad y violencia me sobrevino el recuerdo ya lejano de los días perezosos y las animadas calles de Madrid. En Madrid había conocido yo a Aguilar y compartido piso con él, o sería más justo decir que lo conocí precisamente compartiendo un piso vetusto y destartado en las cercanías de la Plaza de Santa Ana. Con numerosos desperfectos ocultos, el inmueble no causaba mala impresión a primera vista, pero los apagones, atascos y reventones fueron aquel año continuos y antológicos.

—¡Aguilar! —reaccioné—. ¡Eso es magnífico!

Después de tanto tiempo me llamaba para contarme que había tenido un hijo. Todo perfecto. Con Elena, claro.

Elena fue una de mis alumnas a domicilio, concienzuda, seria, poco brillante. Durante uno de los apagones, hubimos de interrumpir la clase, instalando en el salón un gabinete de crisis en torno a unas velas. Ni Aguilar ni después yo logramos reparar la avería, y para cuando me di por vencido los encontré charlando tan bajito, tan trémulamente iluminados, que me ofrecí a preparar café sin que me hicieran apenas caso. Pasados un par de meses, en los términos más amistosos, Aguilar me ponía de patitas en la calle. Tres son multitud.

—Llamé a tus padres, ¿sabes? Tu madre me dio noticias de ti, te me adelantaste, ¿eh? —Y, con registro más grave —: Pensamos que os alegraría saberlo...

La conversación que siguió estuvo puntuada por el tamborileo de la lluvia contra el vidrio. La tarde se había oscurecido obstinadamente. El mundo pareció empequeñecer.

Con saludos y promesas nos despedimos sin excesiva torpeza. Aguilar y yo nunca tuvimos mucho que decirnos. Regresé aturdido a la mesa, ajeno a lo que acababa de dejar sobre ella. Me fue imposible continuar. He aquí que el pasado me alcanzaba,

mostrándome como ignorancia no equivale a desaparición. La marejada de estos pensamientos se iba levantando insidiosamente en el silencio que siguió al aguacero. Me decidí a salir y, cuando ya iba a hacerlo, una torva ráfaga de viento diseminó por los aires una legión de papeles. Me acerqué a recogerlos, genuflexo, amontonándolos mediante pequeños golpes de canto contra el suelo. Siendo el rescate de uno de ellos, que había volado debajo del sillón, especialmente dificultoso, resolví dejarlo para el final. Agachado introduje entonces la mano por la ranura haciendo un barrido, y palpé un impreso que reconocí de inmediato. Acaso fue la molestia tomada en su recuperación lo que le salvó del castigo de la papelera. Sea como fuere, me encontré simplemente fijándome en su tacto de tinta, en su formato sistematizado, aséptico, y un minuto después ya estaba leyendo, y al otro contestando, aun antes de cerciorarme de que podía enviarlo a tiempo. El anonimato me produjo una sensación casi hipnótica de irresponsabilidad —SI, NO, NO, SI; puntúe de 1 a 10—, la ilusión de que la mayoría de nuestros actos son inocuos. Supongo que lo contesté con toda sinceridad, y por este motivo Lolo no pudo salir muy bien parado. Pero eso no importaba.

Salí y eché la carta prefranqueada en el primer buzón. Qué diablo, si tenía que vivir con lo del hijo de Aguilar y Elena, podría vivir también con aquello.

\*\*\*\*\*

Después he aprendido a administrar ese bien precioso del automovilista: la velocidad. A tocar el freno sólo lo imprescindible. Pero aquel año conduje poco, trayectos cortos al trabajo o al híper, alguna breve excursión de ida y vuelta en el día. Roberto, mi hijo, era aún lo bastante pequeño como para complicar notablemente los viajes, por la multitud de prendas, accesorios, repuestos y cositas en que consistía su equipaje, minuciosamente preparado a fin de prevenir lo imprevisible. Éramos padres primerizos, y para salir había que pensárselo. Fue de este modo como la primera revisión del coche correspondió hacerla antes al cabo de un año que por kilometraje.

Cuando en el taller alguien me dijo que me sentara y esperara a Lolo, no lo relacioné con Lolo Superventas. Aunque físicamente contiguo a la nave de exposición y venta, el esforzado mundo del taller estaba muy lejos de evocar aquel otro de pura

apariencia. Lolo se dirigió a mí con el solícito dinamismo que ya conocía, pero su opulento traje se había convertido para mi inicial sorpresa en radiante bata blanca. Confieso que a bote pronto me alegré. Se trató sin duda de una satisfacción mezquina, el pobre gusto de haber puesto a un sujeto en su sitio, es decir, el sitio que uno le tiene designado. Su barba había desaparecido, tal vez por cuestión de higiene. Sus modales eran en esta ocasión más untuosos, su lenguaje más críptico. Si antes busqué información, ahora sólo quería resultados: para nada me interesaban los misterios del delco. Pero Lolo tenía de nuevo bien aprendido su papel, y era muy difícil que se relajara y se portara como una persona. Viendo la silla de Roberto en el coche, quiso ser cortés, y me dijo:

—Mira qué bien.

—Qué bien qué.

—La silla. Así seguro que van quietecitos.

—Hombre, es por la cosa de la seguridad —intenté aclararle.

—Mi chica es un trasto que no hay dios que la pare.

A cosas como esta me refiero cuando me digo y afirmo tratando de consolarme que Lolo es un auténtico bruto de nuestros tiempos.

\*\*\*\*\*

No pasó ni un mes sin que el coche nos dejara tirados a mi mujer, a mi hijo y a mí en la autovía de Andalucía, a cuarenta grados y durante tres horas. Hago estas precisiones y podría hacer muchas otras, porque lo que nos ocurrió fue de lo que no se olvida. Muchas veces, durante esas tres horas, pensé en Lolo. Lolo iba a tener seguramente una explicación, sacada de algún ridículo manual de mantenimiento. Lolo iba a disculparse, por supuesto, esa es la primera lección del jefe de taller. Lolo iba a deshacerse en disculpas. Pero entonces, harto de rabia, sediento, impotente, yo no pensaba más que en pegarle, pegarle como se pega a un siervo, azotarlo hasta que

suplicara y llorara y confesara que no era digno ni de sufrir el daño que le estaba causando.

Esta vez lo estuve esperando. Estuve a punto de pedirlo, aunque sabía que eso podría invalidarme como encuestado. Pero mi impaciencia era tanta que no pensaba con claridad, empezando por esto: ¿creía de verdad ser la causa de la vamos a llamar primera degradación de Lolo? Ya digo que estaba trastornado. Trastornado recibí el formulario. Trastornado lo rellené. No se puede creer que dicté el destino de Lolo, que ni siquiera conozco, y sin embargo yo lo siento así. Soy el culpable de su ruina.

Descubrí la falta de Lolo en la siguiente revisión, y no tuve valor para inquirir abiertamente por él. Temía parecer indiscreto o, peor aún, sospechoso, sin darme cuenta de mi paranoia. Durante varios días vigilé el taller, al principio procurando pasar frente a él camino del trabajo, a la hora de entrada. Después, más exhaustivamente, no perdonando esa vieja cita, con la secreta esperanza de ver a Lolo incorporarse tras unos días de permiso o de enfermedad. Llegué más adelante inventarme averías por ver si alguien, algún compañero, me daba casualmente noticias de él. Al fin, más aplacado y empobrecido, juzgué preferible mantener la ignorancia. Sólo que hoy, cuando a menudo evoco a ese bruto de Lolo, no puedo evitar verlo en un banco, desahuciado, cubierto con una manta asquerosa o con periódicos, bebiendo vino amorrado a un cartón y explicando entre trago y trago, morosamente, con voz pastosa, al pordiosero que finge atenderle:

—Lo demás, hazme caso, marear la perdiz.

---

Todos los derechos reservados salvo copyleft

by txîzkø

'Relatos'

**Advertencia:** El siguiente texto es sentimentalmente violento. Su lectura por mentes no preparadas puede ocasionar confusión, llanto, fuga psicógena, trance hipnótico y ataques de pánico, entre otras reacciones adversas observadas, particularmente en personas con una historia de fobia a los insectos y a la muerte.

Por otra parte, se previene al posible lector que la legislación europea declara a la mosca especie protegida, y que su tráfico y compraventa son y serán perseguidos dentro del territorio de la Unión.

La inclusión de esta advertencia exime al autor de cualquier responsabilidad legal sobre las consecuencias de su lectura.

*En cumplimiento de la Resolución DLXII/2022,*

*sobre Libertad de Expresión,*

*Tribunal Europeo de Viena*

## **¿NO HA JUGADO VD. NUNCA CON LAS MOSCAS?**

¿Nunca les ha tendido su mejilla, o su mano? ¿Nunca les ha prestado la atención que reclaman con esos fantásticos vuelos rasantes y esas exhibiciones de queda elegancia al sol de la tarde? ¿Qué de qué demonio estoy hablando? ¿Si hablamos de las mismas moscas? ¡Ah!, debí haber entendido. Pertenece Vd. (¿a que sí?) a la abominable especie de los insecticidas.

En primer lugar, créame, amigo, que le compadezco. Vd. no ha estado jamás de verdad solo, de lo contrario apreciaría cabalmente la compañía de las moscas. Vd. piensa que las moscas son pesadas, cuando la realidad es que se ponen pesadas con Vd., a ver si así les hace algún caso. Y entonces va y las mata. Le compadezco, amigo, porque sin duda no sabe lo que hace.

Pero a renglón seguido le notifico: no le daré tregua, recibirá de mí el trato que dispensa Vd. a las moscas, un trato bárbaro.

Así que, para empezar, dígame: Vd., ¿es de los del pulverizador o de los del matamoscas? En verdad, la diferencia es bien pequeña, pero al menos los segundos se toman más trabajo en matar. Y, lo que no es poco, lo hacen de una en una.

Demos ahora un repaso a su carrera criminal. Vamos a ver, miserable, calcule, ¿cuántas moscas habrá matado Vd.? Que no pueda Vd. aproximar siquiera una cifra es ya suficientemente patético.

¡Insensato! ¿Sabe Vd. ni tan solo lo que vive una mosca, su velocidad máxima de vuelo o cuántas patas tiene? Con su limitado entendimiento, cualquier mosca que le haya tratado conoce más de Vd. que a la inversa. ¡Pedazo de patán!, ¿cómo se atreve a liquidarlas?

Ellas saben que el roce con la piel de Vd. es agradable. Saben que suele Vd. realizar sin previo aviso vertiginosos y masivos desplazamientos. Que su fuerza y tamaño son enormes. Que emite Vd. sonidos. Cómo huele. Sepa que le conocen. Es



más, le *reconocen*. Cada mosca que Vd. mató era una huella de Vd., toda esa información almacenada en su sistema nervioso, dígame que lo entiende.

Pero ya veo que empieza Vd. a aflojar.

¿No se da cuenta? ¿No se da cuenta, animal, de cuánto daño ha hecho?

Cierto que hacen cosquillas, y un poquitín de ruido, ¡pero hacer de esas minucias la razón de una muerte!

Las moscas son traviesas, presumidas, nerviosas. Viven en el puro espacio físico. A sus multifacetados ojos, las fabulosas demostraciones de potencia de Vd. le convierten en alguien parecido al amigo que de niño a buen seguro quiso Vd. tener. Ese chico mayor que apenas un par de veces le hizo caso. Y ahora que podía Vd. ser generoso... ¡Cuántas ocasiones, ay, de haber sido y sentirse fuerte desperdició Vd.! ¡Qué afortunado, al cabo, por no poder recordarlas!

Y bien, amigo mío, comprendo que comienza a sentirse Vd. como una mosca. Que sabe qué buscaban en Vd. las moscas que mató, eso que Vd. también anda buscando. Que cegó Vd. muchos posibles futuros. Que su vida está coja.

Ande, y prométase cultivar en adelante la amistad de las moscas.

---

Todos los derechos reservados salvo copyleft

by †xÎ2kØ

De 'Ensayos sesudos: insectos y *sex appeal*'